



**EL TREN
MARINO**

DANIEL VILLALOBOS

EL TREN MARINO

DANIEL VILLALOBOS

*Para Vidia, que me acompañó en la escritura
y que de nuevo fue la primera en leer esto.*

¿Nunca se te ha ocurrido pensar —dijo de pronto— que
los padres no son más que chicos crecidos
hasta que sus hijos los arrastran a la adultez?
¿Y que generalmente eso ocurre mediante golpes y gritos?

Stephen King, *Christine*

~

Para cada niño, rico o pobre,
llega la hora de correr por un lugar oscuro.
Y no hay palabras para el miedo de un niño.
Un niño ve una sombra en la pared y ve un tigre.
Y los mayores dicen: No hay tigre, ve a dormir.
Y cuando ese niño duerme, sueña el sueño del tigre
y es una noche de tigres y es el aliento de un tigre en el ventanal.
Dios salve a los niños.

James Agee, guión para *La noche del cazador* (1955)

MUCHO ANTES DE TODO

Un día del enero caluroso y seco de 1989 dos hermanos que jamás llegarían a crecer juntos paseaban por la orilla de los Ojos del Caburgua.

Los Ojos del Caburgua son pozos de agua alimentados subterráneamente por el flujo del lago del mismo nombre. No es difícil llegar a ellos y muchas guías turísticas de La Araucanía los mencionan por el espectacular contraste entre la densa vegetación y el pozo principal, donde caen con estruendo varias cascadas hacia la enorme masa de agua azul casi transparente. No es un lugar para darse un chapuzón: el agua es muy fría y el pozo profundo, rodeado de rocas resbaladizas. Los visitantes toman fotos, escuchan el estruendo de las cascadas y retornan a los sectores del camping cercano. Comen, tocan guitarra, juegan a la pelota y, al caer la noche, montan en sus camionetas y vuelven por donde vinieron.

Los hermanos recorrían la orilla a menos de un metro del agua. Sus padres estaban un poco más cerca de los árboles, escuchando el canto de los pájaros y tomando fotos con una Kodak instantánea.

El niño mayor se llamaba Matías y tenía once años. El menor se llamaba Fernando y apenas caminaba. Matías estaba a cargo de su hermano y por eso lo tenía sujeto de la mano. Pero Fernando quería ver el agua más de cerca.

—Hilo —dijo, tironeando.

—Aquí nomás —dijo Matías.

—Hilo —insistió Fernando.

Del agua salía una cuerda negra y brillante que descansaba en las piedras moviéndose al vaivén de las cascadas.

—No, está sucio —dijo Matías.

—¡Hilo! —gritó su hermano menor.

El niño se soltó de la mano y se tambaleó hacia la cuerda. Justo antes de llegar a ella, resbaló y cayó de cara al suelo.

—¡Fernando! —gritó su hermano.

Unos metros más arriba, su madre miró alrededor, desconcertada: un efecto acústico provocado por la hendidura de los pozos hace que el sonido viaje de maneras extrañas.

Entonces escucharon gritar a Matías. Cerca de ellos, apenas a unos pasos, saliendo del bosquecillo hacia el camping. Corrieron hacia allí. «¡Matías, Matías!», gritó el padre al ver el camping desierto a excepción de su Fiat, estacionado cerca de un quincho apagado. «¡Matías!», gritó la madre. La voz del niño pidiendo auxilio sonó lejos, del otro lado de un potrero al fondo. Corrieron.

—Un puma —diría el padre a la policía horas después—, pensé que era un puma.

Pero no había pumas en los Ojos del Caburgua, y Matías se había hundido en el agua cincuenta metros más abajo, muy lejos del potrero.

Fernando lloró y lloró junto al sitio donde su hermano acababa de desaparecer. La madre escuchó el llanto hacia la izquierda, lejos, a la salida del camino principal. Pasó un largo rato antes de que ella y el padre decidieran volver sobre sus pasos y avistaran a su hijo menor acucillado en una piedra al borde del pozo.

El niño tenía a la cintura un trozo de cochayuyo, diría ella a la policía, un cochayuyo largo y brillante y negro que le envolvía también las piernas. Cómo un cochayuyo, dijo uno de los carabineros. ¡Le estoy diciendo!, gritó ella. Señora, aquí no hay cochayuyo, contestó el hombre, el cochayuyo es alga del mar y esto es pleno campo.

Los padres corrieron gritando hacia su hijo menor. El niño se puso de pie, llorando, y la línea negra que le rodeaba de la cintura hacia abajo cayó a las piedras y se deslizó de vuelta al agua como una criatura viva. Al menos eso pensaría su madre durante mucho tiempo.

Fernando era demasiado pequeño para explicar qué había pasado, apenas balbuceaba unas palabras sin sentido. El padre saltó

al agua para emerger poco después, solo y desesperado, con los nudillos rotos y el cuerpo cubierto de heridas que todos atribuyeron a los bordes filosos de las rocas del fondo.

Un grupo de scouts que hacía una excursión corriente arriba escuchó los gritos. Varios de los guías se lanzaron al agua y salieron sin encontrar nada, temblando de frío, con la piel raspada y los labios azules.

El padre montó en su Fiat y recorrió los caminos vecinales hasta dar con un retén de carabineros. Entre tanto, los scouts y otros excursionistas organizaron una búsqueda en los bosques alrededor del pozo.

—¡¿Adónde va a dar esa agua?! —gritaba la madre de los niños, desesperada.

A ninguna parte, le decían. Nadie sabe.

La policía llegó con un par de buzos cuando ya caía la noche. Se sumergieron para una primera búsqueda y salieron igual que los scouts, sin novedad y casi congelados. Alguien calmó a la madre de una bofetada. Alguien le dijo al padre que tal vez su hijo se había golpeado con una piedra. Alguien intentó interrogar al hermano menor. Bajo el resplandor de las luces de la patrulla y del Fiat, los buzos se zambulleron por segunda vez. La mano de uno de ellos quedó atrapada entre dos piedras en el fondo (aunque al buzo le pareció que esas piedras sonaban sospechosamente huecas), y su compañero tuvo que rescatarlo quebrándole la muñeca.

Al volver a la superficie, ya había llegado un jeep de *El Diario Austral* de Temuco y el auto de un corresponsal de radio. El fotógrafo del diario tomó la única imagen de la jornada, una postal con mucho flash donde se alcanzan a ver los buzos sentados en la orilla de los Ojos del Caburgua, un policía hablando con el padre y las aguas negras al fondo.

La búsqueda se reanudó al amanecer y fue inútil. Matías se dio por muerto unas semanas después y se hizo un sencillo funeral en el mismo pozo: habló el pastor de la iglesia bautista a la que

asistía la familia y la madre —completamente drogada— lanzó una corona de flores al agua.

La familia volvió a su hogar en Victoria e inició un duelo largo y difícil. Hasta la adolescencia Fernando tuvo sueños con el agua de los que despertaba gritando, cubierto de sudor. Estos sueños fueron su vergüenza infantil, la herida que ocultó de sus padres y que jamás confesó a nadie. Lo que es una lástima, porque eran muy similares a los que acosaron por mucho tiempo a la pareja de buzos y al propio padre de Fernando y Matías. En un momento de desesperación, el padre visitó a su pastor y le habló de sus sueños. También le nombró lo que creía haber visto en el fondo del pozo, y le confesó sus deseos de saltar delante de un camión y acabar con todo de una vez. El pastor oró con él en la iglesia desierta y le pidió que confiara en el Señor. El padre asintió sin dejar de llorar, pero los sueños nunca se fueron y, poco después, él y su mujer dejaron de ir a la iglesia. Lo que les había pasado estaba más allá del poder de la oración.

Para todos los demás, la desaparición del niño en los Ojos del Cabargua se convirtió en uno de esos cuentos con moraleja que siempre afloran en los campamentos y sobremesas; una desgracia, uno de esos eventos crueles e irracionales que abundan en los pueblos. Para los demás, la muerte de Matías terminó siendo otra típica historia sureña.

Esto pasó antes de todo, antes del viaje y las muertes.

PRIMERA PARTE

CATALINA PIERDE A SU HERMANO

Desde que abriera la boca para contar lo que había visto se repetía la misma mirada. Primero en sus padres, después en el tío Jaime, que había llegado en plena noche. Más tarde, cuando por fin llegaron los carabineros, la miraron de la misma forma. Catalina no acostumbraba a mentir —esa era la especialidad de su hermano—, pero nunca le había pasado estar diciendo la verdad y que nadie le creyera.

—Dinos la verdad, hija —había dicho el papá.

—Dígame la verdad, hija —le había repetido el tío Jaime, dos horas después, cuando ya sus padres la habían amenazado con castigarla de por vida.

—Díganos la verdad ahora y va a ser todo más fácil —le había dicho el más viejo de los policías, un señor gordo y bigotudo que le palmoteaba la cabeza como si la conociera de siempre.

Y lo que todos querían saber era lo mismo.

—¿Dónde está tu hermano?

Catalina se los había dicho. Pero no le creían. Su madre, nerviosa, la había sacudido delante de todos, hasta que el papá la detuvo y le dijo a la niña que salieran al antejardín.

Ya era tarde, casi medianoche. En un día normal, todos estarían durmiendo. El papá se apoyó en el borde de la reja y le pidió que se sentara a su lado.

—Catalina —le dijo, con mucha calma—. Yo sé que quieres mucho a tu hermano. Yo sé que siempre lo defiendes cuando se manda una embarrada. Pero esto es muy serio. Roberto es un cabro chico y le pueden pasar cosas malas. ¿Tú sabes qué cosas malas?

—Sí, papá.

—Bien. Escucha, hija. No lo vamos a castigar, ni te vamos a castigar a ti. Solo queremos que nos digas a dónde fue.

—Ya se los dije. El libro...

—Schht, schht. Sí, el libro. Pero, ¿dónde se fue Roberto?

—El libro...

—Ya no me hables del libro —dijo el padre, conteniendo a duras penas la irritación—. ¿Por qué empezaste a gritar?

—Ya les dije.

—¡Catalina! —el padre alzó la voz—. Si Roberto anda con malas juntas, con un niño más grande, con algún amigo del barrio, tienes que decirme.

—Pero si ustedes no me creen, papá.

—Nadie te creería, hijita. Tú misma no lo creerías.

Catalina pensó un segundo.

—Es verdad.

—Entonces, ¿cómo quieres que te creamos nosotros?

El libro había brillado en la oscuridad, recordó de pronto Catalina. Un resplandor verdoso en la tapa antes de cerrarse. Luego pensó: el libro todavía está en la casa.

—Papá, vámonos a un hotel.

—¿Por qué, estás loca?

—Vámonos donde el tío Jaime.

—En la casa del tío Jaime está viviendo su familia. ¿Cómo nos va a recibir a nosotros, tontita?

—No quiero entrar en la casa.

—¡Ya está bueno, Catalina! —dijo el padre, impaciente—. Tu hermano se arrancó. No sé cómo, porque no lo vimos bajar, pero no pudo salir por el patio, ni está escondido en los armarios porque revisamos todo. Así que, por última vez, ¿por qué no me dices qué pasó con él?

Entonces la niña repitió lo mismo que había dicho desde el principio, lo mismo que seguiría contestando cada vez que le preguntaran, sin importar las miradas de incredulidad de sus interlocutores.

—El libro que estaba leyendo se lo tragó.

Su padre la miró hastiado. Catalina imaginó que la iban a declarar loca y que la iban a mandar a un asilo, a pasearse en bata y a

tomar pastillas, como la abuela Carmen. Una hora después, agotadas las amenazas, los ruegos y los llantos, por fin la mandaron a dormir. En verdad no quería, pero los ojos le picaban de sueño y aceptó meterse en la cama a condición de que el papá se quedara con ella hasta que se durmiera, y que le dejara la luz encendida. Abajo la madre seguía hablando con los carabineros.

Poco antes de cerrar los ojos, tembló bajo las sábanas recordando lo que nadie le creía: que estaba haciendo una tarea en su dormitorio cuando un resplandor verdoso se había colado bajo su puerta. Que, en una especie de trance, había salido al pasillo para descubrir que la luz venía de la pieza de Roberto, que tenía la puerta entreabierta. Que su mano había empujado esa puerta, justo antes de que un destello de luz inundara la habitación y ella viera a su hermano suspendido en el aire, una pierna y un brazo sujetos por cuerdas negras y brillantes. Que Roberto la había mirado un instante, demasiado aterrado para gritar, antes de que las cuerdas lo jalaran brutalmente hacia la fuente del resplandor, un orificio de luz y viento que se había apagado sobre las páginas de un libro abierto. Que este se había cerrado con un fuerte *tum* y que el brillo fue volviéndose tenue unos segundos antes de apagarse y de que todo quedara en silencio. Que la habitación entonces había vuelto a ser la de siempre, la cama desordenada, las zapatillas tiradas en un rincón y la luz amarilla de la lámpara en el velador. Y que entonces ella, perpleja, había empezado a gritar, y que mientras oía las voces de sus padres subiendo la escalera había mirado la portada del libro, ese dibujo de un mar encrespado y una suerte de látigo negro y brillante sobresaliendo de las olas, justo abajo del título:

El tren marino

Otto Von Hoschenbach

Ilustraciones de Helena G. Pereira